

## SANTOS ÁNGELES CUSTODIOS

(Badajoz, fiesta de la Policía Nacional, 3 de octubre 2024)

Estimadas autoridades de la Policía Nacional y demás autoridades civiles y militares, hermanos todos muy amados en el Señor: ¡El Señor os dé la paz!

El señor nos ha reunido hoy en torno a su altar para celebrar la memoria de los Santos Ángeles Custodios, bajo cuya protección está la Policía nacional. Gracias, queridos miembros de la policía nacional por haberme invitado a presidir esta celebración eucarística con la cual queremos honrar a nuestros Custodios. Porque esa es la misión de los Ángeles Custodios: custodiarnos y protegernos en nuestro camino. *“He aquí que yo voy a enviar un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te conduzca al lugar que te tengo preparado” (Ex 24, 20)*. Así comienza la primera lectura (Ex 23,20-23), que hemos escuchado en esta memoria de los Santos Ángeles. Son precisamente ellos la ayuda particular que el Señor promete a su pueblo y a nosotros, que caminamos por la senda de la vida.

Precisamente eso es la vida: un camino que hemos de recorrer sin distracción, pues la vida pasa, y sin equivocarnos, si queremos llegar a la meta a la cual, como cristianos, el Señor nos ha llamado. Pero hemos de tener presente, y lo sabemos por propia experiencia, que el camino no siempre es fácil, ni siempre está bien señalado, y que el bien no siempre es duradero, y por eso podemos extraviarnos, equivocarnos o simplemente dejar de hacer el bien.

Ante nosotros se nos presentan dos caminos: uno de vida y otro de muerte. Dice el Señor: *“Mira, yo pongo ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia [...] Te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición” (Dt. 30, 15. 19)*. Porque somos libres, podemos elegir uno u otro camino: un camino que lleva a la vida y otro que lleva a la muerte; porque somos libres podemos equivocarnos. Dios no impone, Dios propone no impone. Y ahí está el Ángel, que, como afirmaba la primera lectura, va delante de nosotros (cf. Ex. 23, 23) para ayudarnos a no equivocarnos la senda y a caminar por ella.

El Señor, en su providencia amorosa, encomendó a sus ángeles para que nos cuiden en nuestros caminos (cf. Sal 90, 11). Pero el Ángel necesita de nuestra oración, de nuestra petición de ayuda, de nuestra colaboración. *“Pórtate bien en su presencia, respétalo y escucha su voz. No le seas rebelde”*, nos amonestaba la primera lectura. (cf. Ex 23, 21). El Ángel tiene autoridad para decirnos las cosas. Escuchémosle, porque él es *angelós*, mensajero, mensajero de Dios. Escuchar al Ángel es escuchar a Dios, que nos lo pone para que vaya delante.

Hace algunos años, el Papa Francisco nos planteaba algunas preguntas que considero importante replantearlas una vez más. Las preguntas eran las siguientes: *¿habláis con vuestro Ángel? ¿Sabéis cómo se llama vuestro Ángel? ¿Escucháis a vuestro Ángel? ¿Os dejáis llevar de su mano por el camino, dejáis que os empuje para moveros?*

La presencia y el papel de los Ángeles en nuestra vida es muy importante, porque no solo nos ayudan a caminar bien, sino que nos muestran también adónde debemos llegar, la meta de nuestro caminar. Está escrito en el Evangelio de hoy: “Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18, 10). Así pues, en el misterio de la custodia del Ángel está también la contemplación de Dios Padre. Nuestro Ángel no solo está con nosotros, sino que ve a Dios Padre. Está en relación con Él. Es el puente diario, desde que nos levantamos hasta que nos vamos a la cama por la noche, que nos acompaña y está en contacto con el Padre. El Ángel es la puerta diaria a la trascendencia, al encuentro con el Padre. Es decir, el Ángel me ayuda a ir por el camino recto porque mira al Padre y sabe cuál es la senda para entrar y ser grande en el Reino de lo cielos: hacerse como niños (cf. Mt 18, 3) “nacer de nuevo”, que dirá san Juan (cf. Jn 3, 3).

Además de la posibilidad de equivocarnos en el camino, tenemos otro peligro que puede resultar mortal: el no caminar. ¡Cuánta gente se sitúa y no camina, y toda la vida está quieta, sin moverse, sin hacer nada! Es un peligro que, como ya he dicho puede ser mortal. Como aquel hombre del Evangelio que tenía miedo de invertir el talento. Lo enterró, y pensaba: *Yo estoy en paz, estoy tranquilo. No me podrá equivocar. Así no me arriesgo* (cf. Mt 25, 14-20). ¡Hay tanta gente que no sabe cómo caminar o tiene miedo de arriesgarse, y se queda quieta! Pero nosotros sabemos que la regla es que quien se queda quieto en la vida, acaba por corromperse. Como el agua: cuando el agua está estancada ahí, vienen los mosquitos, depositan los huevos, y todo se corrompe. Todo. El Ángel nos ayuda, nos empuja a caminar, al tiempo que nos recuerda que en la vida necesitamos de ser acompañados por un Dios que, a través de sus Ángeles nos muestra su rostro de padre y, diría también, de madre.

Nuestras fuerzas de seguridad, y hoy miramos en especial gratitud al Cuerpo Nacional de Policía, vienen a ser una prolongación humana de esos mensajeros divinos que con los Ángeles se nos dan. Vosotros, queridos miembros de la Policía Nacional, junto con la benemérita Guardia Civil y la Policía Local, hacéis una impagable labor a la entera sociedad. Vosotros estáis para corregir, custodiar y proteger a toda la comunidad. Hoy, en nombre de todos los ciudadanos de a pie, os digo: Gracias por vuestro servicio. Y con mi gratitud vaya también mi oración para que los Ángeles Custodios os custodien y protejan también a vosotros. Gracias por salir al paso de nuestras intemperies donde se nubla la claridad, donde se cruza la violencia, se corrompe la honestidad y se hace complicada o arriesgada la convivencia. Pero si me permitís, os hago llegar también un ruego: cuando tengáis que corregirnos, hacedlo teniendo en cuenta que también vosotros sois seres humanos; hacedlo desde un corazón de carne y no desde un corazón de piedra.

Queridos hermanos: No olvidemos a estos compañeros de camino. Que el Señor nos dé a todos, en esta fiesta de los Ángeles Custodios, la gracia de entender este misterio de la custodia del Ángel, de su compañía en el camino. Y que nuestra familiaridad con el Ángel Custodio nos lleve a la familiaridad con Dios, nuestro Padre. *Fiat, fiat, amen, amen.*